

## 71. Conclusión

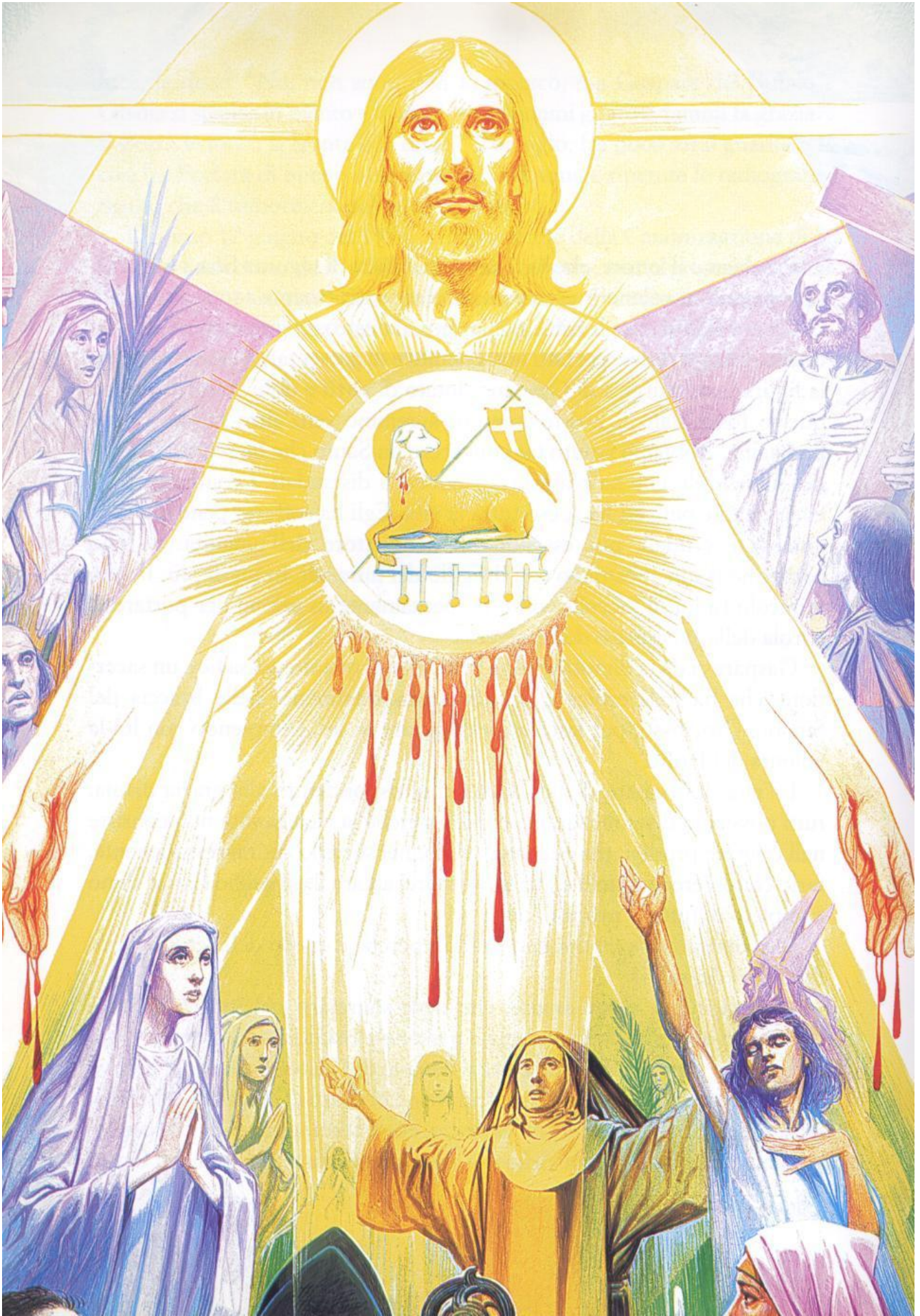
Rogamos al lector, que ha tenido la paciencia de seguirnos hasta esta última página, querer amablemente volver con la mente a todos los episodios que tan maravillosamente hemos narrado. Nuestra intención no había sido sólo la de darles a conocer hechos poco comunes y presentarles exclusivamente la figura taumatúrgica de Gaspar, dotado de virtudes y dones extraordinarios. Si esta hubiera sido nuestra intención, sin duda hubiéramos distorsionado su imagen. Hemos querido dar a conocer un Santo que ha sentido las penas de sus similares, que ha llorado entre los pobres, los desposeídos, los condenados, los marginados y por ellos gastó toda su vida. Él ha sufrido penas inimaginables y crueles, a pesar de ser un benefactor de la humanidad. Si Dios confirmó su apostolado con el sello de los milagros, fue una añadidura. El verdadero milagro fue él, el pequeño hombre perpetuamente en acción para llevar la palabra de esperanza y salvación.

Gaspar nos da una clara demostración de lo que puede hacer un sacerdote, que tiene fe heroica y se entrega por completo en los brazos de Señor Crucificado, para dejarse transfigurar en Él, cumpliendo con Él la voluntad del Padre.

La vida de Gaspar nos dice también que, respondiendo a la gracia divina, todos podemos ser santos como él, porque la verdadera santidad no consiste en hacer milagros, sino amando a Dios, sirviéndole desinteresadamente, darlo a conocer a los hermanos y, por su amor, amar al prójimo hasta la entrega completa de todas las propias fuerzas.

¡El camino de la santidad no es fácil, porque es el de la cruz! ¡He aquí el heroísmo de los santos!

La imagen de San Gaspar, que ha de quedar impresa en nuestra memoria, debe ser la de su íntima y personal realidad, es decir: ¡Aquel que todo hizo y sufrió en la Sangre y por la Sangre de Cristo! Este es el motivo central y constante que coordinó siempre y en cada momento su existencia; de hecho, podemos añadir con certeza, que siempre fue la nota predominante del cantico sublime de su alma seráfica.



La Sangre de Cristo fue el motivo inspirador de su fe y de su vida interior, de su caridad, de su humildad, de su mansedumbre en el sacrificio, de su heroísmo, que, a imagen de Cristo desnudo y herido en la cruz, lo llevó a perdonar a muchos de sus perseguidores.

Su maravilloso apostolado, el desinterés de sí mismo, la predilecta y extrema pobreza, la suma y la constante preocupación por las desgracias de los demás, potenciadas por la contemplación del misterio de la Sangre de Cristo, le llevaron a la cumbre de la santidad, tanto que en cada palabra y acción imprimía el sigilo de lo sobrenatural. Gaspar, obrando sobre la tierra, miraba al cielo, desde donde le llegaba toda fuerza y todo consuelo.